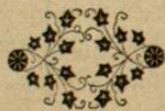


Contempla esa prenda, la dice; la guardo  
 cual guardó en el alma tu púdico amor...!  
 Abrió ella la caja, y al verla... ¡Ricardo!  
 Frenética y loca, ¡Ricardo! exclamó.

¡Su cabeza! gritó.—Sus bellos ojos  
 Giraron en sus órbitas violentos,  
 Erizóse su lengua cabellera  
 Al contemplar de su adorado amante  
 Los despojos sangrientos...

—¡Hiena! dijo, jamás tu mano aleve  
 Mi frente tocará, soy suya! Impídemme  
 Que me una á él! ¡Oh mónstruo abominable!  
 Luego, lijera, cual serpiente airada,  
 Con el corvo puñal del moro atónito,  
 Hirióse con furor y cayó al punto  
 Sobre el muelle tapiz ensangrentada.



## MARÍA DE LOS ÁNGELES.

LEYENDA.

I.

LA CITA.

**E**NTRE dorados reflejos  
 Y celajes de colores  
 Que forman vistosos grupos  
 Sobre la cima del monte,  
 Declina el ardiente Sol  
 Y ya en ocaso se pone,  
 Cuando sube en occidente  
 Masa gigantesca, informe,  
 De pardas nubes que giran  
 Trepando al zénit veloces,  
 Y en cuyos senos se encienden

Relámpagos brilladores  
 Que iluminan por instantes  
 Cenicientos nubarrones,  
 Dejando después un campo  
 En donde viene la noche  
 Negra, amenazante, horrible,  
 A enseñorearse en el orbe.  
 Y en tanto natura jime  
 Y se envuelve en sus crespones,  
 De la tempestad temiendo  
 Los crudísimos rigores,  
 Bajo un humilde portal  
 Donde anidan los aviones,  
 Sobre una musgosa piedra  
 Está una mujer entonces  
 Estática contemplando  
 De ocaso los resplandores,  
 Y por sus lindas mejillas  
 Dos lágrimas lentas corren,  
 Que, desprendiéndose al fin,  
 Entre los pliegues se esconden  
 De la abandonada falda  
 Que el aire agita veloce:  
 ¡Ay! desgraciada paloma

A quien el pesar corroe,  
 Como el asqueroso insecto  
 Que en una rosa se pone!  
 Está esperando con ansia  
 Que se escondan los fulgores  
 De ese moribundo Sol  
 Tras de las peñas del monte,  
 Pues bajo de aquel portal  
 Ha de entablar en tal noche  
 Con Eduardo de Aguilar  
 Dulces pláticas de amores.  
 ¡Ah, los instantes más breves  
 Cuán pausadamente corren  
 Para quien espera el bien  
 En que su ventura pone!  
 Así la infeliz María  
 De los Angeles, que el nombre  
 Es éste de la mujer  
 Cuya historia en mis renglones  
 Escribo, las horas cuenta  
 Acosada de temores,  
 Y siente en su tierno pecho  
 Punzando los agujones  
 De desgarradora duda

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

v. edic. 1625 MONTERREY, MEXICO

En tanto cierra la noche;  
 Hasta que por fin cubriendo  
 Las sombras el horizonte,  
 El espacio vanamente  
 Con la mirada recorre  
 La enamorada María  
 Presa ya de mil dolores,  
 Y porque los elementos  
 Estuviesen más acordes  
 Con el estado de su alma  
 El huracán desatose,  
 Y bramaron los torrentes  
 Con formidables rumores,  
 Y en el terrible espectáculo  
 Que ante su vista se pone  
 Más y más de su pasión  
 Se enciende el volcán entonces,  
 Y de soberano aliento  
 Se siente animada, y corre  
 Al través de las malezas  
 Y de peñascos disformes  
 Al encuentro de su amante  
 Que no llegará en tal noche;  
 Que, aunque es mancebo atrevido

Y por intrépido corre,  
 Hay tempestades que inspiran  
 Terror en los corazones,  
 Y hay noches, cual la presente,  
 Que hasta á las fieras imponen  
 Pavor; y tan solo buscan  
 Un lugar donde reposen;  
 Mas la mente enagenada  
 De María no conoce  
 Los peligros que la cercan  
 Ni el abismo que le esconde,  
 Y, desatinada y loca,  
 A los vagos resplandores  
 De los lívidos relámpagos  
 Entre la selva perdióse.

## II.

## EL ANCIANO.

Apenas tronó en el cielo  
 El amenazante rayo,  
 Salió al oscuro portal  
 Presuroso un noble anciano;  
 Y murmurando «hija mía»

Buscaba el desventurado;  
 Mas sólo el rumor del viento,  
 La lluvia que los peñascos  
 Azota, y el ronco trueno  
 Respondieron con espanto.  
 Y desolado y lloroso,  
 El inconsolable anciano,  
 Por todos los aposentos  
 Anduvo errante buscando  
 A su adorada María,  
 Que de su vejez es báculo;  
 Pero mientras más discurre  
 En el imprevisto caso,  
 Menos acierta y más llora;  
 Piensa más y piensa en vano,  
 Luego fuera de la casa,  
 Del jardín por el cercado,  
 Por las tapias de la huerta,  
 Y por uno y otro patio,  
 Sufriendo pesada lluvia  
 Anda el anciano gritando,  
 Y en todas partes silencio  
 Y pavora y sobresalto  
 Lo cercan, y no comprende

Aquel insondable arcano.  
 Al fin sobre el blando lecho  
 Cayó con letal desmayo,  
 Estando por largo tiempo  
 Sin movimiento postrado;  
 Pero de nuevo sus fuerzas  
 Lo sacan de aquel estado,  
 Y súbito un pensamiento  
 Lo asalta, y reflexionando,  
 Como el que busca una luz  
 Quedó por un breve rato;  
 Hasta que al fin en su mente  
 Su resolución tomando  
 Aparta todos los muebles,  
 Abre todos los armarios,  
 Y al fin da con unas cartas  
 Que María con cuidado  
 Guardaba en un cofrecillo  
 Que nunca miró el anciano;  
 Y á la luz de roja lámpara  
 Leyó con gran sobresalto  
 De esta manera: «María:  
 «Hará poco más de un año  
 «Que os sigo constantemente,

«Arrostrando enamorado  
 «Vuestros altivos desdenes,  
 «Vuestros desprecios no escasos;  
 «Concededme, pues, que os vea  
 «Para que sepais mi estado:  
 «En el portal á las diez,  
 «Que yo andaré por el campo.»  
 Sin firma estaba la carta,  
 Y otra de la misma mano  
 Que decía: «Tu altivez  
 «Ha de costarte bien caro,  
 «Ya sé á quién amas, María,  
 «Teme mi venganza.—*El Diablo.*»  
 Y aquí llegando el buen viejo  
 Despedazó entre sus manos  
 El fatídico papel,  
 Y en cólera rebosando  
 —¡Me la roba!—murmuró;  
 Y su rostro seco y pálido  
 Iluminó de repente  
 El azulado relámpago.

## III.

## LOS FUNERALES.

Al fin los apiñados nubarrones  
 Que enlutaban la bóveda del cielo,  
 Gastados por los recios aquilones,  
 Formando están un transparente velo  
 Por donde lanza tímida, indecisa,  
 La soñolienta luna  
 El tibio rayo de su luz remisa:  
 Las hojas de los árboles gotean,  
 Las auras murmurando  
 La húmeda tierra por do quier olean,  
 Rumorosos sonidos  
 En sus alas levísimas llevando;  
 Los medrosos reptiles  
 Comienzan á silbar entre las grietas,  
 Y á la dudosa claridad se mira  
 Que revuelan inquietas  
 Las aves vagabundas de la noche,  
 Que lanzan cual tristísimo gemido  
 Su siniestro graznido.  
 Todo cambió; las aguas del torrente

Con más pausado son van caminando,  
 Y la amarilla Luna,  
 En mil espejos por do quier tendidos,  
 Con opaco fulgor está rielando.  
 Se aspira en el ambiente  
 Grato frescor y aromas de las flores,  
 Y en el ramage de la selva espesa  
 Y en las barrancas hondas,  
 Se levantan de nuevo  
 Mil plácidos rumores.  
 Por estrecha vereda  
 Una figura blanca se desliza,  
 Cual ninfa sosegada  
 Que del cristal de límpida laguna  
 Vagarosa y gentil, la faz velada,  
 Sale al contacto de amorosa brisa  
 Por misteriosos genios evocada:  
 Se detiene un instante,  
 Y hondo suspiro de su pecho exhala,  
 La frente levantando,  
 Y la serena Luna contemplando;  
 Mas de súbito escucha resonante  
 El lúgubre tañer de una campana;  
 Su corazón entonces,

Sereno en la terrífica tormenta,  
 Sintió un vago dolor que se acrecienta  
 Al acento fatídico del bronce.  
 Tiende la vista en derredor, las sombras  
 De los añosos árboles semejan  
 Movibles mónstruos, que, do quier girando,  
 Van sus alas deformes desplegando:  
 Una luz á lo lejos se divisa  
 Vagarosa y rojiza.  
 Y en tanto el desacorde clamoreo  
 De funeral campana, vago, incierto,  
 Se escucha sin cesar tocar á muerto.  
 A medida que avanza  
 Tristísima María  
 Más claramente alcanza  
 El sordo acento de salmodia pía:  
 Se acerca al fin: la fúnebre comparsa  
 Al pórtico llegaba  
 De una mezquina iglesia derruida,  
 Y con hachas de cera iluminaba  
 De no sé qué infelice la partida.  
 La joven con asombro contemplaba  
 Aquel cuadro terrífico y doliente,  
 Vago presentimiento la acosaba,

Y copioso sudor bañó su frente;  
 Estática, los labios entreabriendo,  
 Y la mirada fija y centellante,  
 Los latidos del pecho conteniendo,  
 Pálida la color de su semblante,  
 El féretro miró; cuando en voz baja  
 Hablaban á su lado  
 Dos hombres de siniestra catadura.  
 —¿Quién es el muerto? preguntó, dejando  
 Oír el timbre de su voz tan pura;  
 —Eduardo de Aguilar, contestó un hombre;  
 Y los aires rasgando  
 Un gemido supremo, inexplicable,  
 Cayó María de súbito en desmayo,  
 Cual pobre arbusto que destroza el rayo.

## IV.

## UN VOTO SOLEMNE.

Allá en el fondo de un valle  
 Que del camino se aleja  
 Se ven los techos de teja,  
 Al fin de frondosa calle,  
 De una casa sola y vieja;

Años ha que en ella mora  
 Don Pablo, que acaso cuenta  
 Años lo menos cincuenta,  
 Y que se halla ausente ahora  
 Con pretexto de una venta;

Porque el buen hombre, á creer  
 Lo que cuentan sus vecinos,  
 Suele comprar y vender  
 Ganado, y le da por ser  
 Traficante en los caminos:

Otros dicen que atesora  
 Bienes de inmensa valía,  
 Que no se le ve de día,  
 Que sale al salir la aurora  
 Ó con la noche sombría;

Pero es lo cierto del caso  
 Que es don Pablo hombre de cuenta,  
 Todos le ceden el paso  
 Corteses, y acaso, acaso,  
 No es por compra ni por venta.

En esa casa ruín  
 Que se divisa por fin

Allá en el fondo del valle  
Al terminar una calle  
Y del bosque en el confín,

En mezquina habitación  
Y al fulgor de una candela,  
Se percibe en confusión  
Una enferma en un rincón  
Y una vieja que la vela;

Silenciosas por demás  
Ambas mujeres estando,  
Según la noche va entrando  
Se percibe más y más  
El pavor que está reinando:

Mas al fin de tiempo largo  
Que transcurrió lentamente,  
Ante la vieja impaciente,  
Volviendo de su letargo,  
Alzó la enferma la frente.

—¿En dónde estoy? murmuró  
Con imperceptible acento;  
El cabello se apartó

De los ojos, suspiró,  
Y contempló el aposento.

—Ya vuestro mal no os aqueja  
Que tanto me contristaba,  
Por Dios que no lo esperaba  
Tan pronto—la horrible vieja  
Dijo frunciendo la ceja.

—¿Pues qué?...

—Del campo os trajeron;  
Que os enfermásteis allí.  
¿No lo recordais?

—Sí, sí.

—Y dos hombres os pusieron  
Falta de sentido aquí.—

—Gracias, murmuró María,  
Con una sonrisa pura,  
Pero de nuevo sentía  
Renaciendo su agonía  
Al peso de su amargura.

—Mañana al amanecer,  
Dijo la vieja gruñendo



A María; podrá ser  
Que os lleven de aquí, á mi ver,  
Según lo que yo comprendo.

Y mil ideas en tropel  
Dentro de su mente evoca  
A su memoria fiel,  
De su perdido doncel  
El amor la vuelve loca.

¡Pobre tórtola viuda,  
Que en pos voló de su amante,  
No sabe que en peña ruda  
Del cazador arrogante  
Lo hiriera saeta aguda!

¡Pobre mujer que el amor  
Arrebatara al tormento,  
Como la marchita flor,  
Que, perdida la color,  
En sus alas lleva el viento!

¿Qué será del pobre anciano  
Sin su adorada María?  
¿Quién le tenderá su mano?

¿Quién le explicará el arcano  
En que su mente extravía,

Y qué será de esa rosa  
Que llevan los aquilones  
En su furia desastrosa?  
Cándida, jóven, hermosa,  
Juguete de las pasiones.

Viendo á María sosegada  
La vieja, fuese tomando  
La puerta medio entornada,  
Por la vigilia cansada  
Y entre dientes murmurando.

Entonces la joven pura,  
En medio de aquel quietismo,  
Dando rienda á su amargura  
Nuevas penas se figura,  
Y se figura un abismo:

Terrible arrepentimiento  
Va exaltando su conciencia,  
Se avergüenza de su intento,  
Y se aumenta su tormento,  
Y le pesa su existencia.

Tiembla de su misma falta,  
Y llora de amarga pena,  
Y su mente se enagena  
Porque á su razón asalta  
Carcoma que la envenena;

Mas al fin de duelo tanto,  
Y de tan duros enojos,  
Al cielo elevó los ojos  
Contuvo un momento el llanto  
Y dijo, puesta de hinojos:

«Madre y Señora mía,  
»Que tiendes á los débiles mortales  
»Con inefable amor tu mano pía,  
»De esta infeliz que llora solitaria  
»Acoge la plegaria  
»Que con fervor su corazón te envía:

»Dulcísima paloma, Madre tierna,  
»Divina flor del ínclito Calvario,  
»A tí con fé, con religión, con fuego,  
«Mi espíritu se eleva solitario:  
»Tú que al pié de la Cruz donde moría  
»El Salvador del mundo,

«Hijo de tus purísimas entrañas,  
«Llena de amor y de dolor profundo  
»Vertistes á raudales  
»El llanto que en la tierra curaría  
»De la mezquina humanidad los males;  
»Tiéndeme ¡oh Virgen! desde el alto cielo  
»Una sola mirada de consuelo.  
»Viviré para tí, para adorarte  
»Y llorar á tus piés arrepentida;  
»Del mundo huiré y por siempre  
»De toca y de sayal iré vestida;  
»Acoge mi oración, Virgen Santísima,  
»Mi alma te doy, protege á la que llora,  
»A la que triste tu bondad implora:  
»¡Ten de mi compasión, Madre purísima!»

Y aquí ocultando la frente  
En ambas manos María,  
Cesó la oración ferviente,  
Y nadie supó imprudente  
Si velaba ó si dormía.

## V.

## LOS BANDIDOS.

Despedía ya la Luna  
 En el zenit su fulgor,  
 Y brillaban las estrellas  
 En dudosa confusión,  
 Y en la parroquia vecina  
 Sonaron al fin las dos.  
 A poco por el camino  
 El lento pasó se oyó  
 De un caballo, y en los aires  
 Un silbido resonó,  
 Que fué contestado al punto  
 Lo mismo por otros dos.  
 De la callecilla de árboles  
 Seguía la dirección  
 El ginete que ha un instante  
 Con un silbo se anunció;  
 Al frente de aquella casa  
 De súbito se paró,  
 Silbó de nuevo y las puertas  
 Abiertas al punto vió,

Que cerrándose tras él  
 Todo en silencio quedó,  
 Sin turbar aquella calma  
 El más ligero rumor.  
 Era don Pablo sin duda  
 El que á tal hora llegó,  
 Pues al frente de una mesa  
 Y de la vela al fulgor,  
 El rostro desencajado,  
 Descompuesta la color,  
 Y atado su brazo izquierdo  
 A poco se le miró  
 Como impaciente esperando  
 Otro compañero ó dos,  
 Con quien entablar despacio  
 Deseada conversación.  
 Mas no esperó mucho tiempo,  
 Pues que la puerta se abrió  
 Y penetraron tres hombres  
 De aspecto siniestro, atroz,  
 Que murmurando un saludo  
 Se sentaron en redor  
 De la mesa donde había  
 Vasos, botella y licor:

Don Pablo viendo á los tres  
 Con aire de mal humor,  
 Fué el primero que el silencio  
 De esta manera rompió:

—Camaradas, mal va  
 Este mes con mis hazañas,  
 He emprendido tres campañas  
 Y salido herido ya.

—¡Cómo! exclamaron los otros,  
 —Es cosa de poca cuenta,  
 Dijo Pablo; en la tormenta  
 Siempre vencemos nosotros;

—Es el caso y tomó un vaso  
 Y lo apuró hasta las heces  
 Y lo mismo hizo tres veces,  
 Y repitiendo,—es el caso....

—Que salimos al camino  
 Por un buen soplo guiados,  
 Mas no bien asegurados  
 De no hacer un desatino,

—Algo se hizo en el albazo  
 Pues no eran lerdos los otros,

Murió uno entre nosotros  
 Y á mí me tocó un sablazo;

—¿Y por acá? preguntó  
 A uno de los embozados  
 —También tenemos pescados,  
 Uno de ellos contestó.

—Y por Dios que es buena pesca,  
 Dijo otro.

—¿De quién se trata?  
 —¿De quién? de la mogigata,  
 Que sobra quién la apetezca.

—Bravo, bien, tanto mejor,  
 Al que hizo por mí el estrago  
 Desde luego tome un trago  
 A mi salud, de licor.

Los dos embozados vieron  
 Al que se estaba callado,  
 Y el vaso en que habían tomado  
 Por delante le pusieron.

—Bruno ¿no tomas? ¿qué es esto?  
 Dijo Pablo al compañero,

Y Bruno dijo:—no quiero,  
Poniendo severo gesto.

—No tomas! esto me admira,  
Exclamó al mirarlo Pablo.

—Toma ó por vida del diablo  
Que vas á llenarme de ira.—

Pero no respondió Bruno  
Y los labios se mordió,  
Y desde entonces no habló  
De lo ocurrido ninguno.

—Toma, gritó Pablo al fin,  
Responde cuando te hablo,  
Mentecato.

—Sabes, Pablo,  
Que eres necio y eres ruín,  
Me parece una traición  
Como de ave de rapiña  
Tener á esa pobre niña  
Encerrada en un rincón,

—Y como el tigre saciado  
Que ya más carne no quiere

Y guarda mientras dijere  
Su banquete ensangrentado,

—Tú guardas á esa doncella  
Mientras sanas de tu herida,  
Y no te importa, homicida,  
Que sea tan pura y tan bella.

—Silencio ya, por el diablo,  
No quiero moral, lo entiendes?

—Es que si no me comprendes,  
He de explicártelo, Pablo,

—Calla.

—A esa niña respeta.

—¿Qué temes por la doncella?

—Desgracia por tí y por ella.

—¿Conque su suerte te inquieta?

¿Ó será envidia?

—Ya basta,

Dijo Bruno puesto en pié,  
Si insistes te mataré,  
Maldita sea tu casta!

Y en este mismo momento  
Desenvainó su puñal:

Pablo le hizo una señal  
Y exclamó: *Tu juramento!*

Bruno lanzó una mirada  
De profunda indignación,  
Y dejó la habitación  
Con fuga precipitada.

## VI.

## EL SUEÑO.

Transcurrieron ya tres días  
Desde la noche fatal  
En que Pablo y Bruno hicieron  
De las suyas cada cual,  
Y entre tanto la amargura  
Y la congoja fatal  
De María de los Angeles  
Se aumentaba más y más,  
Sin salir de aquella pieza  
Sucia y oscura á la par,  
Y sin ver más que á la vieja  
Dos veces al día no más  
Cuando llevaba alimento,  
Volviendo luego á dejar

La puerta muy bien cerrada  
Y en silencio y soledad  
Aquella espantosa cárcel  
Cercada de oscuridad,  
Donde la infeliz María  
Nunca cesó de llorar,  
Eternamente pensando  
En su horrible más allá.  
Muerto su amante, y su padre  
En la agonía quizás,  
Pues débil era el anciano  
Para golpe tan fatal,  
Y sin saber dónde estaba,  
Ni quién la pudo llevar  
A aquella triste mazmorra  
Privada de libertad,  
Y en continuas congeturas,  
Procurando adivinar  
De aquellos hondos misterios  
La causa con claridad.  
Aquella enjaulada tórtola  
Se afanaba sin cesar,  
Y ya en su débil cerebro  
Comenzaban á cruzar

De la voraz calentura,  
En tumulto pertinaz,  
Las visiones espantosas  
Que miedo al enfermo dan.  
Mas una noche que el sueño  
Pudo tranquila tomar,  
Y dormía como un niño  
Con palpitación igual,  
Se entreabrió pausadamente  
La puerta cerrada ya  
Por la imperturbable vieja,  
Y Pablo logrando entrar  
Se paró frente del lecho  
Con espantoso ademán,  
Mirándose por su labio  
Una sonrisa vagar,  
Una sonrisa siniestra,  
Sonrisa de Satanás.  
La encantadora María  
En el profundo solaz  
De su sueño sonreía  
Con sonrisa celestial,  
É incorporándose á poco,  
Con apacible ademán,

De hinojos sobre su lecho  
Como si fuera á rezar,  
Alzando al cielo los brazos  
Quedó sin pestañear,  
Y del cuadro de la Virgen,  
Que sobre una mesa está,  
Con lentitud se desprende  
Azulada claridad  
Que en mil rayos se reparte  
Y sobre el semblante da  
De María arrodillada  
Que, en éxtasis celestial,  
Mira á la Virgen purísima  
Que entre ángeles está  
Dirigiendo una mirada  
De sublime claridad,  
A la que ya arrepentida  
Su falta supo llorar:  
Y aquellos ángeles blancos  
Que rodean sin cesar  
A la Reina de los cielos  
Y culto de amor la dan,  
Batiendo sus alas diáfanas  
Con blando vaivén igual,

Sobre nubes plateadas  
 Y bajo el iris de paz,  
 Entonan divinos cánticos  
 De armonía celestial;  
 Y Pablo nada conoce  
 De cuanto pasando está,  
 Y sólo se ve sumido  
 En profunda oscuridad,  
 Distinguiendo escasamente  
 En actitud de rezar  
 A la que la luz del cielo  
 Vino tranquila á bañar;  
 Mas un pavor misterioso  
 Sintió el bandido al entrar,  
 Y acaso por vez primera  
 Allí tembló el criminal.  
 Iba ya á sobreponerse  
 Y nuevo esfuerzo á sacar,  
 Cuando sintió los dolores  
 De su herida y desangrar  
 El brazo que lleva atado,  
 Pero con ímpetu tal  
 Que vaciló unos instantes  
 Temiendo en el suelo dar,

Y retrocediendo entonces  
 Fuese la puerta á tomar,  
 Diciendo: ¡maldita herida!  
 Por Dios que pena me dá!  
 Y murmurando entre dientes  
 Blasfemias, se fué á tirar  
 En un rincón de la pieza  
 Ebrio y muriendo quizás.

## VII.

BRUNO.

En el oscuro fondo  
 De una barranca lóbrega y profunda  
 En la desnuda roca  
 Está abierta al acaso  
 De negra cueva la imperfecta boca,  
 Y apartado á distancia con cautela  
 Siniestro centinela.  
 A la dudosa claridad del día  
 Que aquella entrada de la cueva puebla  
 Y más profundamente  
 Se extingue triste como densa niebla,  
 Tres figuras se miran